

fantasía grandiosa, sensibilidad delicada y una melancolía acerba y huraña, que llega al tedio del misántropo y del escéptico. ¡Hasta cuando ríe, nada hay más triste que Ros de Olano! Él y cuantos personajes nos retrata, chorrean sangre bajo los trazos de su pluma... ¡Él, sobre todo, infunde misericordia y lástima, cuando muestra las úlceras de su corazón; pues entonces parece, y acaso es, ascética negación del amor propio y víctima propiciatoria de su infortunado amor á los demás!

Bien claro nos lo dice en su soneto de la pág. 49:

.....

¡Fatal amor!... El corazón sin freno  
triunfó del Hado... ¡miserá fortuna!  
¡La Náyade de límpida laguna  
fué Venus libre y me abismé en su seno!  
Luego la ví en el féretro tendida,  
pavorosa beldad de carne inerte,  
astro apagado en luctuosa esfera...

Y ¡ay del deseo! Me atedió en la vida...  
y amé el dolor con que me hirió su muerte,  
¡vuelto al afán de mi ilusión primera!

## II.

Puestos á copiar versos del inspirado vate, desistimos ya de discurrir acerca de ellos, y vamos á limitarnos á comprobar y justificar con citas cuanto dejamos dicho en su elogio.

Hemos hablado de *estudio directo* de la naturaleza, y el mismo General Ros acude á confesarlo en su famosa *Gallo-magia*, cuando exclama humorísticamente:

Yo, para sacudir la pesadumbre  
que el corazón del bueno despedaza,  
trepé á caballo á la escarpada cumbre,  
ó á pie en el monte fatigué la caza.  
Ví nacer, ví morir del sol la lumbre,  
solo en la soledad...; mas hoy rechaza  
mi edad cansada fustigar caballos,  
y para cazador me sobran callos.

De su constante amor al campo hablan también los cinco sonetos titulados *En la soledad*. Comienza el primero:

¡Santa naturaleza!... yo que un día,  
 prefiriendo mi daño á mi ventura,  
 dejé estos campos de feraz verdura  
 por la ciudad donde el placer hastía,  
 vuelvo á tí arrepentido, amada mía,  
 como quien de los brazos de la impura  
 vil publicana se desprende y jura  
 seguir el bien por la desierta vía.

En el segundo declara, con acentos  
 propios de Fr. Luis de León:

Más precio en este valle y pobre aldea,  
 términos de mi vida peregrina,  
 despertar cuando el aura matutina  
 las copas de los árboles menea;  
 y, al volver de mi rústica tarea,  
 hora, en la tarde, cuando el sol declina,  
 mirar desde esta fuente cristalina  
 el humo de mi humilde chimenea,  
 que en la rodante máquina lanzado  
 cruzar como centella por los montes..., etc.

Alternando después soberanamente el can-  
 to del poeta con el de aquel ave, de quien  
 dice en el tercer soneto:

Hay junto á la ventana de mi estancia  
 un laurel, de la sombra protegido,  
 en donde guarda un ruiseñor su nido,  
 apenas de mi mano á la distancia...

Y considerando, en fin, á Carlos V en  
 Juste, escribe con severa melancolía:

Suele el que nace humilde en las cabañas  
 dejar su techo y olvidar su egido,  
 por el lucro del mar embravecido,  
 por el sangriento lauro en las campañas.

Mas al recto varón que honró su historia  
 sin codiciar fortuna envilecida,  
 ni envidiar de los Césares la gloria,  
 un apartado albergue le convida  
 á esperar sin tormento en la memoria  
 la breve muerte de su larga vida.

Prescindo aquí del conocidísimo sone-  
 to *El Simoún*, que encierra toda la triste  
 poesía de los desiertos; paso también so-  
 bre el titulado *Progresión*, donde, si-  
 guiendo el curso del río Tajo, establece  
 nuestro ilustre amigo esta gradación ma-  
 gistral:

Miradle de Aranjuez en los verjeles  
 vedle desde la Cántara extremeña;  
 contempladle al llegar al Oceano...-

y llego al pie del *Cedro Deodara*, que se  
 levantaba hace pocos días en la Plaza de  
 las Cortes, y que fué arrancado de cuajo  
 por el espantoso huracán de 12 de Mayo  
 último. Muchísimas tardes, durante los  
 años de su ancianidad, se ha visto al Ge-

neral Ros de Olano sentado bajo aquel arrogantisimo árbol extranjero, que le ha precedido en la muerte; y allí, recordando los tiempos del Madrid primitivo, aquellos tiempos en que la actual Carrera de San Jerónimo era un paraje montañez poblado de caza, exclamaba inspi-  
radamente:

¿En dónde estoy?—Un tiempo más remoto,  
desde el inculto monte á la llanura  
y del estrecho valle á las colinas,  
el ágil gamo y la velluda fiera,  
so el pabellón de pródidas encinas,  
pacieron en la rústica pradera  
que aquí ignorada de los hombres era.

Y tranquilos y en paz aquí vivieron,  
sin que del cazador les acosara  
ni venablo, ni jara,  
ni aleroso arcabuz... Que nunca vieron  
suelta de los lebreles la trailla  
en demanda feroz ó á la carrera,  
ni el aullido tenaz de su garganta  
y el noble son de venatoria trompa  
dentro del bosque plácido advirtieron  
al jabalí ó á mansa cervatilla  
el repentino trance en que murieron  
traspasados del plomo ó la cuchilla.

¡Qué tonos! ¡Qué propiedad y energía  
en las palabras! ¡Cómo se ve al cazador

experimentado, dueño de todos los misterios de la Naturaleza!

Después, encarándose con el *Cedro*, le dirige esta melancólica despedida:

¡Noble Cedro doliente,  
cautivo en suelo hispano;  
gárrulo adorno de jardín urbano,  
que no olvidas tu Reino del Oriente!  
Falto de amor y del nativo ambiente,  
con unas ramas tiendes alto vuelo  
de aspiración divina,  
misericordia demandando al cielo,  
y otras abates al humilde suelo,  
á do la muerte pálida te inclina...  
—Pero no estarás solo, triste amigo,  
en tal tribulación, mientras alicente  
mi ancianidad, de tu dolor testigo...—  
¡Todos los días que de vida cuente  
vendré á la tarde á conversar contigo!

Pero donde más luce el Marqués de Guad-el-Jelú su conocimiento de las costumbres del campo y de los fenómenos naturales, es en la especie de poema titulado *Lenguaje de las Estaciones*, bien describa los sombríos cuadros del Invierno en el Monte ó en el Hogar, bien copie las galas de la Primavera, las asoladoras tempestades del Verano ó los fantásticos

celajes del Otoño.—Pasemos ligera revista á esta gran composición pastoral, sin argumento expreso y terminante, en que Ros prescinde de la formalidad clásica, un tanto monótona, de las *Cuatro Estaciones* de Pope, Tompson y Gessner, y se entrega á su romántica libertad, aunque tratando el asunto más á fondo que Alfredo de Musset en sus conocidas *Noches de Mayo, Agosto, Octubre y Diciembre*.

En pleno Invierno, un cazador (el mismísimo poeta, sin duda alguna), distingue en el monte á varios soldados, y grítales desenfadadamente:

¡Ah de la tropa que marcha,  
en día tan borrascoso,  
el hielo y el sudor juntos  
en los azotados rostros!...  
Lleváis perdida la senda...

Habla luego pintorescamente con aquellos soldados, y después con los propios malhechores á quienes persiguen, y tropieza al fin con una mujer que lleva en brazos dos niños

más desnudos que andrajosos;  
mujer, cuyo llanto acusa

ser madre, mientras que el rostro  
y los arrugados pechos  
y los cabellos canosos

parecen ya de inútil anciana, la cual, al pedirle limosna, le habla en estos sentidísimos términos:

«¡Los hijos en las entrañas  
»de la madre pesan poco!  
»Como los parí desnudos,  
»con mi cuerpo los arropo,  
»pues á cubrimos no bastan  
»los harapos que recojo.—  
»Hemos de andar el camino,  
»y, aunque los alterno y pongo,  
»á veces en mis caderas,  
»á veces sobre mis lomos,  
»nos rinden en la jornada  
»el sol, la nieve ó el lodo.—  
»Pocos dolores de madre  
»sintió la que pare sólo...»

Hasta aquí el Invierno en el Monte: copiemos ahora algo del Invierno en el Hogar.

Hay en él un discurso en romance, dirigido por cierto caballero (supongo que también Ros de Olano) á una joven (hermana suya, por lo visto), en el cual abundan bellezas de primer orden...—Después

de hablarle piadosamente de sus difuntos padres, describe así el campesino Señor la rueca y el huso con que ella está hilando:

.....  
 Y la rueca, con sus flores  
 de siempreviva al extremo,  
 y el huso de plata fina,  
 con la inicial de su dueño;  
 ese infatigable huso  
 que tus delicados dedos,  
 tras levisimo chasquido,  
 lanzan con ágil gracejo,  
 y ese copo bien peinado  
 del lino de nuestro huerto,  
 que vas desatando en hebras  
 de finísimo cabello,  
 la rueca, el huso y el lino  
 son que allá en mejores tiempos,  
 al compás de las canciones  
 del ángel que guarda el sueño,  
 sirvieron á nuestra madre,  
 al arrimo de este fuego,  
 para hilar blancas madejas  
 de que luego se tejieron  
 las sábanas de tu cuna  
 y las de mi breve lecho.—

¡Qué delicadeza y exactitud de expresión! ¡Qué *levisimo chasquido* y qué *ágil gracejo*!—¡Parece que se ve hilar á una reina!

Este mismo discurso cambia luego de tono, y llega á competir con la famosa *Cena* de Baltasar de Alcázar.—No lo copio, por ser demasiado largo. Fijaos en él, y veréis primores de pensamiento y de dicción.

De la parte que se titula *En la Primavera*, tomaré algunos trozos que nada tienen que envidiar á las mejores poesías bucólicas de los siglos paganos.—Dice así el General Ros:

Ungida en blando rocío  
 despierta amorosa el alba,  
 tímida beldad que en sueños  
 su amante el Sol busca y llama.  
 Claros sus ojos azules  
 de luminosas pestañas,  
 al beber luz en los cielos,  
 la luz al suelo derraman.

Salúdala el Santuario  
 con la voz de la campana.  
 mientras le dice sus himnos  
 en los aires la calandria;  
 y al influjo carifoso  
 de su espléndida mirada,  
 se esponja de amor la tierra,  
 la vida ríe en las plantas.

Ancha clámide de nieve  
 desprenden de sus espaldas

los cerros, al anunciarse  
de Abril la augusta mañana;  
y de las cumbres descende  
libre, saltadora el agua,  
en elegantes, revueltas  
cintas de cristal y plata.

.....

El labrador que abrió el surco,  
y de sus trojes preciadas  
arrojó fértil semilla  
con mano atrevida y franca,  
cela la espiga naciente  
sobre campos de esmeralda,  
mientras que, libres del yugo,  
los tardos bueyes descansan.

Pero aún más admirable que todo esto  
es la descripción del *celo* de los toros y  
del ganado cabrío.—Escuchad á nuestro  
Teócrito, al insigne español enamorado  
de la realidad dentro de las convenciones  
del Arte:

Muge la esbelta novilla  
desde el otero á distancia;  
primer celo en que se enciende  
al pacer la verde grama...

Suma de gala y de fuerza,  
monstruo de fiereza y gracia;  
el toro al clamor amante  
la frente adusta levanta...  
Por más saciar el olfato

las ondas fosas dilata:  
enhiestas las finas puntas,  
rueda la hirviente mirada;  
juega la flexible cola  
con ondulantes lazadas;  
y, azotándose los flancos,  
cual con serpiente irritada,  
rayo que en trueno responde,  
pronto al imán que le llama,  
rápido como el relámpago,  
parte, arrolla, triunfa ó mata.

.....  
.....

En tanto, un eco distante,  
que el viento interrumpe á ráfagas,  
trae y lleva los acordes  
de la primitiva flauta...

Son los de la edad de oro  
trinos de la flauta pánica,  
recreación de pastores,  
mientras pacen sus manadas  
y vense en libre careo  
correr del monte á la falda  
menudas, ágiles, limpias,  
de vario color pintadas,  
generación de Amaltea,  
las mil esparcidas cabras...

Y, en medio al vario conjunto,  
señor entre sus esclavas,  
celoso barbón hirsuto,  
de corona esparramada,  
y olor genial, que denuncia  
á los machos de su raza;

dispensador de favores,  
dejando va por do marcha  
vapor de naturaleza,  
dulce á sus hembras ingravidas.

En el romance que va impreso á continuación del de *La Mañana*, y que se titula *La Golondrina*, no hay cosa que omitir ni nada que preferir como mejor.—Leedlo íntegro en su correspondiente lugar (pág. 176), y conoceréis la infinita dulzura replegada en el fondo del alma de este amarguísimo poeta.

De la descripción del *Verano*, no nos permiten ya las dimensiones del presente Prólogo copiar otra cosa que un fragmento del magnífico romance titulado *La tempestad*, donde el poeta dice:

Y entonces fué cuando vino,  
derramándose á torrentes,  
copiosa lluvia; y en olas  
despeñadas que al mar tienden,  
iban las aves ahogadas,  
é iban nadando las reses.  
Á la mar iban los árboles,  
con sus frutos aún pendientes...  
Del labrador afanoso  
los codiciados enseres  
iban; y, á la par con ellos,

haces de acopiadas mieses,  
y, arrancados de su base,  
restos de pobres albergues...

Por último, citaremos de la pintura del *Otoño* aquel hermosísimo comienzo de la descripción de las nubes:

¡Breve tarde! En mar de púrpura  
tórname el azul velado  
del horizonte, tendido  
más allá del Oceano:  
piélago es de luz inmensa,  
do mis ojos beben ávidos  
torrentes de llama viva;  
piélago en que ven flotando  
seculares monumentos,  
arquitectura de encantos;  
fortalezas y ciudades,  
alcázares, templos, arcos,  
pirámides, tiendas bíblicas,  
misteriosos tabernáculos...  
Y en las llanuras espléndidas  
de aquel celaje fantástico,  
hay peleas encendidas  
de hombres y monstruos bizarros.  
fieras, enanos, gigantes,  
escuadrones de centauros  
y carrozas con cuadrigas  
de flamígeros penachos.

Indicamos también, más atrás, que la pluma de Ros de Olano llega á veces al

popular y terrible realismo del *pincel* de Goya, y aun debimos añadir que muy especialmente recuerda el *lápiz* con que el buen D. Francisco dibujó sus célebres cartones.—En comprobación de ello, léase toda la poesía concerniente á cierta graciosa *Gitanilla* (esbelta como las clásicas *Bailarinas* de Pompeya), que en la pág. 76 nos dice por boca del antiguo romántico:

.....  
 Hablan como cotorras  
 mis castañuelas...  
 Alzo el pandero;  
 me remonto en el aire,  
 y allí me cierno.

Igualmente son del estilo de Goya: la *Figura tomada del natural*; la poesía denominada *Sobre el banco* (este banco es el del patíbulo); la que lleva por nombre *El Penado*; la *Anacreóntica de nuestros días*, cuyo héroe es un viejo gaitero de Galicia, y, sobre todo, el festivo entierro del niño de una gitana (véase *Angelitos al Cielo*, pág. 97), donde, al regresar el alegre cortejo fúnebre, trayendo vacía

la cuna que acaba de hacer las veces de ataúd, el poeta se inmuta de pronto y traza la siguiente épica figura:

Águila de anchos ojos,  
 ávidos, fijos,  
 cuando llega y se lanza  
 sobre su nido;  
 leona enferma,  
 cuyo rostro tapaban  
 ásperas greñas;

la deshidrada madre  
 del angelico,  
 de aquella pobre cuna  
 miró el vacío...—  
 Todos bailaban...  
 ¡Y ella sola vertía  
 mares de lágrimas!

Tal vez habréis recordado, en la anterior enumeración de poesías del Marqués de Guad-el-Jelú, que el mismo Espronceda había tenido apego á los asuntos patibularios y á los pordioseros, manolos, gitanos y demás seres de ínfima clase; lo cual demuestra únicamente que el laureado cantor de *El Diablo Mundo*, *El Verdugo*, *El Mendigo*, *El Reo de muerte*, etc., era también, á fuer de ro-



mántico, adorador del inspiradísimo Goya; del pintor sin modelos ni precedentes académicos; del autor de escenas populares, ya festivas como las borracheras en el Canal, ya espantosas como los fusilamientos del Dos de Mayo; del que pintó, en fin, las níveas carnes de sus chulas ó de sus reinas con tanto vigor, intensidad y finura como Ticiano pudo emplear en sus mejores Venus.

La tradición infernal *Por pelar la Pava* (pág. 117) es asimismo del género de Goya, quien precisamente la tomó para argumento de su *Serenata*. Hay allí un sacerdote y un monaguillo que llevan el Viático por las oscuras calles de Sevilla, unos cantaores de saetas, una pícarra bruja, y, sobre todo, tal chispa y gracejo para referir el célebre estallido de los dos cadáveres, que todo ello parece más bien dibujado por el D. Ramón de la Cruz de nuestros pintores que por la pluma de un vate byroniano.

Para justificar mi otra comparación de Ros con Enrique Heine, sólo necesito pedir que se lean los sonetos *El hombre*

*ante Dios y Fatalidad*, las estancias tituladas *Sueño*, la composición *Entre el cielo y la tierra*, las *Playeras*, y, muy especialmente, la desgarradora poesía *Sin el hijo*, donde un niño calenturiento muere hablando de cierto pajarito fantástico, representación de los deseos imposibles de esta vida.

Permítaseme copiarla.

Era la madre de un niño,  
de un niño que deliraba:  
eran sus ojos dos fuentes,  
y los del hijo dos llamas.

—No rías, hijo, no rías,  
¡que me partes las entrañas!...  
¡llora para que se enjuguen,  
al verte llorar, mis lágrimas!...

—«Aquel pajarito, madre,  
»que tiene el pico de plata,  
»el cuerpo de azul de cielo  
»y de oro fino las alas...»

Callo el niño, y quedó quieto,  
las pupilas apagadas,  
como quedan en el nido  
polluelos que el cierzo mata.

Y, dudando si dormía,  
viendo que ya no lloraba,  
besó la madre la boca  
de un cuerpecito sin alma.

Desde entonces, cuando trinan  
las aves en la alborada,  
mientras que cantar las oye,  
ella ríe, llora y canta:

«Aquel pajarito, madre,  
»que tiene el pico de plata,  
»el cuerpo de azul de cielo  
»y de oro fino las alas...»

También parecen de Enrique Heine los siguientes versos que nuestro poeta (nacido en Caracas y recreado en Cataluña) escribe mirando las rotas nubes, después de la *Tempestad de Verano*, cuando imagina hallar en aquellas móviles y cambiantes figuras las visiones de su pasada historia.

Reconoce primero á su Padre y á su Madre, y luego cree ver un grupo de niños, á los cuales pregunta:

¿Quiénes sois, niños benditos?  
Conoceros me parece...

Y los niños responden con ferocidad,  
largo tiempo disimulada y reprimida:

—Éramos amigos tuyos,  
cuando niños inocentes...  
Éramos tus condiscípulos  
de la vida en los dinteles. —  
Tus iguales nos juzgamos  
en la edad adolescente;  
¡y, si hoy favor te pedimos,  
que, aceptado, nos ofende,  
somos los que te abrazaban  
para herirte y esconderse!...  
¡Dejamos por nuestra prosa  
de la fama los laureles,  
virtudes que no nos caben,  
ideas que nos exceden!...

Aunque muy amargado por aquella saña de las medianías, el poeta replica con indulgencia:

—¡Pasad, pasad, mis amigos...  
La confesión os releve:  
mi voluntad os disculpa  
y la experiencia os absuelva!

Es menester haber leído las *Memorias* del judío Heine, á quien también *hirieron* muchos cuando muchacho, para graduar la pena con que se recuerdan estas

agresiones desde el pináculo de la gloria  
ó de la fortuna.

Fingen en seguida las nubes el contorno de cierta beldad, y el visionario exclama con horror:

¡Aparta, mujer hermosa!  
¡Por donde viniste, vete!  
¡Esconde aquesos collares,  
arracadas y alfileres  
con que adorné tu belleza  
y prendí tu pecho alevé!  
¡Aparta, mujer traidora,  
que aun tus caricias me oferden!

En cambio, dice á continuación con la dulzura infinita de Dante cuando encuentra á Beatriz:

¿Quién eres tú que muy lejos,  
tan lejos te me apareces,  
que ya mis cansados ojos  
dudan en reconocerte?  
—Tu *primer amor* me llamo.  
—¡Tu memoria me enternece!  
Fuiste el ideal del alma,  
la santidad de mis preces,  
la diosa de mis sentidos,  
la mujer hermosa y débil  
que amor me brindó en la vida  
y amor me brindó en la muerte.

Por término de aquellas visiones, apáresele una á quien pregunta:

¡Oh, tú, el último en la hilera,  
de tanto dolor el héroe!  
¡De tí sólo ví un reflejo,  
como mi sombra otras veces!  
Fantasma, visión, que enseñas  
la risa, y lágrimas bebes,  
¿por qué escribes con la punta  
del corazón y te dueles?—  
Apenas ya te recuerdo...  
Dime, por piedad, ¿quién eres?  
— *Yo soy tú.*

— ¡Maldita seas,  
fascinación de mi mente!

Con esta imprecación ponemos fin á las citas de los innumerables rasgos en que nuestro autor recuerda al gran poeta alemán que se retrató en el *Libro de Lázaro*.

Acerca de sus frecuentes puntos de contacto con el singularísimo pintor Domenico Teotocopuli, generalmente denominado *El Greco*, llamaré la atención sobre el canto épico *La Gallomagia*, donde, á vueltas de felices recuerdos de *La Gatomaquia* y de *La Mosquea*, abundan rarezas y reconditeces que también ca-

racterizan la figura del *hidalgo*, en el *Lenguaje de las estaciones*, y que cubren de tintas grises y confusas las poesías intituladas *Sueño*, *Balada*, *En la orilla del mar*, *Nada más*, *La abuela viuda* y *la nieta huérfana*, y alguna otra...

Él las entiende, y nosotros también... Pero difícilmente las entenderán los que no sean antiguos y familiares amigos del taciturno Marqués de Guad-el-Jelú, como tampoco entendieron las lóbreas profundidades de *El doctor Lañuela*; de la *Historia verdadera ó cuento estrambótico, que da lo mismo, de Maese Cornelio Tácito*; del *Origen del apellido de los Palomino de Pan-Corvo*, y de otras obras en prosa que ha dado á luz.—Á la verdad, todavía no se sabe si él quiere ó no quiere que el lector las entienda. Lo que nosotros tenemos averiguado es que desprecia al que no las entiende, y que se enoja con los que se dan por entendidos. Hay, pues, que oír y callar, ó que demostrar por señas, no con explicaciones, que aquellas excentricidades tienen muchísima substancia, como es indudable que

la tienen...—Y lo propio ocurre, y ha ocurrido desde que el mundo es mundo, con todos los poetas y novelistas sinceramente autobiográficos.

De la obra dramática *Galatea*, con que termina el tomo, sólo diré que puede considerarse *original*, aunque esté inspirada en argumento francés, por cuanto comprende un acto más y algunos personajes nuevos y hállase toda versificada libremente por el General Ros. Débese, pues, á su pluma el legítimo sabor clásico de caracteres, diálogos y descripciones, tanto más de apreciar cuanto que todo aquel helenismo de buena ley procede de la imaginación de un vate romántico.

Y con esto ponemos fin á nuestro voluntario estudio crítico, por ninguna manera fundado en presunciones pedagógicas, sino fruto del verdadero amor y extraordinaria admiración que hace ya treinta años profesamos al que fué nuestro General y segundo padre en la gloriosa Guerra de África.